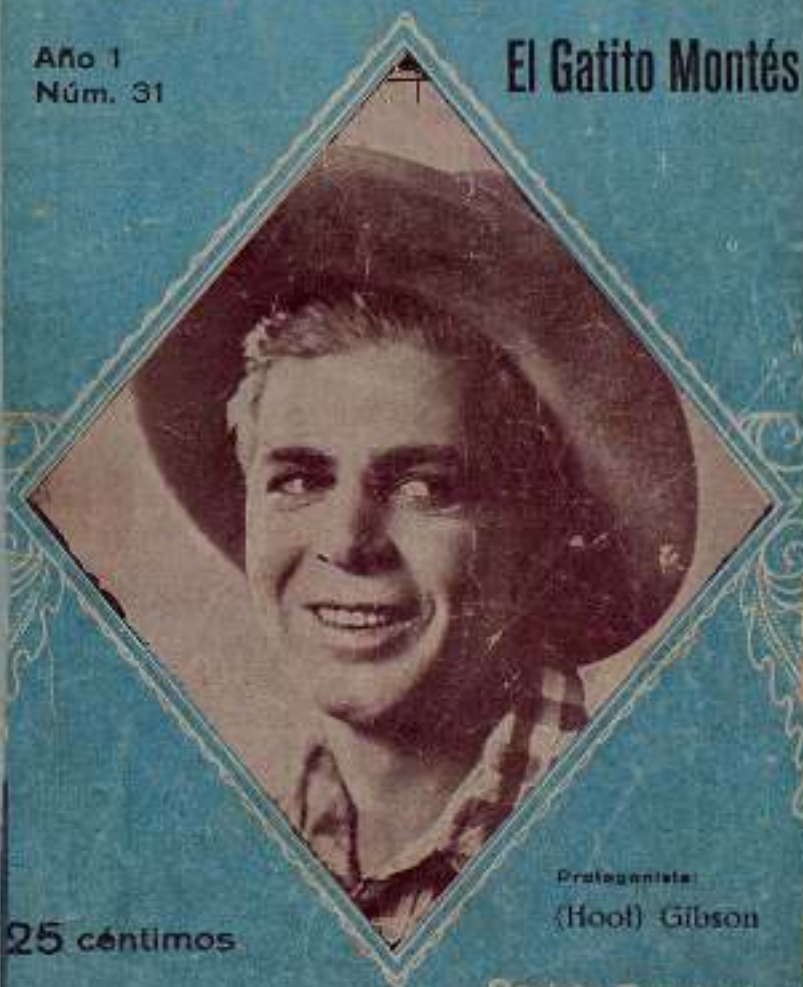


# Novela Popular Cinematográfica

Año 1  
Núm. 31

El Gatito Montés



25 céntimos

Protagonista:  
(Hoot) Gibson

Revista Semanal

# El Gatito Montés

---

*Novela cinematográfica basada en la película del mismo título. Excluida de «Hispano-American Films», Valencia, 233.*

PROTAGONISTA: HOOT GIBSON

## I

Una reyerta con un camarada había obligado al «Trovador» a huir de Méjico y a buscar refugio en un lugar tranquilo de su propio país, los Estados Unidos.

Se llamaba el «Trovador» porque, de todos los sucesos de su vida, agradables o adversos, tristes o alegres, sabía inventar una canción, que él mismo cantaba, con ese tono sensual y calmoso, o más bien perezoso, de la guajira.

Así, al propio tiempo de poner pie en la frontera, considerándose ya seguro, el mismo, con sus cantares, nos pone en antecedentes del por qué de su huida de Méjico.

Jinete en su caballo, pareciendo, en verdad,

más un facineroso que un trovador, lanzó al aire, pausadamente, esta copla:

Oooh!... Un tipo llamado Carvalho  
me quiso quitar mi caballo?  
Negándose a tamaño *placido*,  
de un tiro, no sé dónde, le dejó *tumbao*.

Había, pues, el «Trovador» matado a un hombre. De aquí su huida. Allí, parece que no tiene este hecho mucha importancia.

En seguida cantó esta otra copla:

*Pa onde* fué no es preciso contar,  
ni es muy fácil que tenga que andar.  
¿Qué cosa me habrá *dao* mi madre *queria*,  
que nunca me falla mi puntería?

Después de esto, visiblemente contento, habló a su caballo, como si fuera un compañero. Y el caballo comenzó a andar, o más bien, a galopar, dejándose atrás la frontera.

Pronto, desde lo alto de una montaña, vió, en un llano, un pueblo, pequeño y tranquilo. Lo conocía ya. Y era allí adonde ahora se dirigía, aunque no con intención de quedarse. El destino había de disponer otra cosa...

Sereno y pacífico era, en verdad, el pueblo de Dos Robles, que así se llamaba aquella linda agrupación de blancas casas rodeadas de bosquecillos propicios al ensueño y de olorosos jardines en los que el amor sería obligado...

El «Trovador» entró, jinete en su caballo, en el pueblo. A nadie encontró en las calles. Frente a una puerta abierta se paró, dispuesto a entrar y a preguntar allí alguna cosa. Pero antes, como si

fuera en él un deber ineludible, cantó dos coplas, como presentándose.

La puerta ante la que se había parado era la de la casa de Guillermo Garfield, administrador de correos, alcalde, tendero, *sheriff* y el hombre más importante de la localidad. En último análisis, un hombre valiente y honrado.

Oyó que alguien, en la calle, cantaba, y puso atención. He aquí las dos coplas que escuchó:

Un joven rebotando salud  
pensó que yo era un carnero.  
Y ahora reposa en un ataúd,  
debido a mi pulso certero.

Hubo un momento de silencio, y después:

Yo no soy un matón ni un canalla,  
pero ningún gallo canto en mi valla.  
¿Qué cosa me habrá *dao* mi madre *queria*,  
que nunca me falla mi puntería?

Con la última palabra de la copla en sus labios, tendido aún perezosamente en el aire, bajó del caballo, al que dió una palmada cariñosa, y entró en la casa de Garfield, que ya le esperaba, pues que le había visto y oído.

—Tengo una sed espantosa—dijo el «Trovador» al llegar a la puerta.—¿Haría usted el favor de indicarme dónde podría beber algo?—preguntó a Garfield, que salió a su encuentro.

Y éste le contestó:

—Aquí mismo. En el pueblo no hay más tienda de bebidas que ésta. Pero nada de alcohol. No creo que ignore la ley seca. Tengo, sí, una bebida

refrescante, que es lo que usted necesita: zarzaparrilla.

—¿Zarzaparrilla? ¡Buena! Venga, si no hay otra cosa.

Le sirvió Garfield. Luego le preguntó:

—¿Piensa usted quedarse por aquí?

—No sé. Pero me parece que no. No me gusta mucho la vida pacífica. Me agrada más vivir en los montes, libremente, donde toda la tierra y todo el cielo que abarquen mis ojos pueda considerarlos como míos.

—¡Oh! Solador y un poco salvaje... Muy bien. Una especie de gato montés, ¿eh? Pues, mire. A mí, los forasteros me interesan mucho, sobre todo cuando vienen de Méjico. Y hace usted mal en marcharse.

—¿Que le interesan los forasteros?—se atrevió a preguntar, desconfiando ya, el «Trovador».

—Sí, mucho. Pero los que más me interesan son aquellos cuyas señas corresponden a las que me dan otros alcalifes de vez en cuando.

El «Trovador», creyéndose aludido, hizo un movimiento como para ponerse en guardia. Pero el *sheriff* no le dio tiempo. Lo encanónó con un revólver y continuó hablando.

—He aquí—dijo, como si enseñara el arma y no como si amenazara con ella—un revólver que tengo hace más de cuarenta años y que en todo ese tiempo jamás me ha fallado. ¡El gran revólver, amigo mío!

El «Trovador», sorprendido, no supo qué contestar. Se echó, pues, a reír, como si estuviera muy contento—y no había por qué estarlo, y se dispuso a pagar lo que había bebido.

Pero el *sheriff* añadió:

—No saque sus quince centavos. El primer tra-

go que se toma un hombre en mi casa, siempre es gratuito.

El «Trovador» pasaba de una sorpresa a otra. Aquella mezcla de amenazas y de atenciones le desorientaba. Sentía deseos de pelearse con el alcalde, para demostrarle que no era un cobarde, y sentía también un impulso como de abrazarle por algunas palabras de cariño que le había dirigido. En lo más íntimo de él se sostenía, en este sentido, una tremenda lucha. Venció al fin lo mejor que había en el «Trovador», o sea, su fondo humano, cordial, propicio a la simpatía. Sonrió al *sheriff* de una manera amable y franca, como diciéndole: «Soy tu amigo, puedes creerme».

El *sheriff*, que, como hemos dicho, era un hombre valiente y honrado, comprendió el sentido oculto de aquella sonrisa del «Trovador», y le dijo:

—Afortunadamente, no hay señas en mi archivo que concuerden con las tuyas. Esto quiere decir que puede quedarse aquí entre nosotros con toda tranquilidad. Y quiere decir también que le trataremos bien.

—Gracias. Pero no sé si sabré quedarme.

Se oyó, en la lejanía, un silbato agudo.

—Ahí viene el tren número 17—dijo el *sheriff*.

—Voy en busca del correo. ¿Quiere acompañarme?

—Sí. Con mucho gusto.

—Es lo mejor. De paso, charlaremos.

Salieron de la casa. Cogieron cada uno su caballo, de las riendas, y, sin montar en ellos, se dirigieron a la estación, que estaba cerca de allí.

El *sheriff*, amablemente, dijo al «Trovador»:

—Sin duda, allá en Méjico, le tenían a usted por un matón. Lo peor, es que hasta usted mismo se cree serio. Le he oído cantar y no me cabe duda de ello. Le voy a decir que ése es un oficio muy

feo y que tiene, además, muchas quiebras. El que haya cometido usted alguna barrabasada no tiene nada que ver con el matonismo. Y debe estar contento de que así sea. Porque usted, lo he advertido ya, es un buen muchacho... Así, pues, olvide eso de creerse un matón, y no se dé importancia por aquí.

Esta retahíla de consejos y de advertencias sensatas hizo un efecto tremendo en el ánimo de nuestro protagonista. Y no acertaba a hablar. Hubiera querido abrazar a aquel hombre que así le hablaba y hubiera querido también decirle que de lo único que estaba orgulloso era de ser un buen tirador. Pero no acertó a decir nada.

El *sheriff*, como si hubiera adivinado su pensamiento, dijo, señalando a un hombre que había al otro lado de la estación, a la que habían llegado ya:

—Mire. Aquel que hay allí es mi comisario, Jacobo Jordán. Tire una moneda al aire y verá como hace blanco de diez veces, diez.

—¿De diez veces, diez?—preguntó el «Trovador», como dudando.

—Sí. Y nunca falla.

Por un estrecho y quebrado camino que había al otro lado de la vía, pasó un caballo desbocado arrastrando un carricoche en el que iba una joven. El peligro que ésta corría era inminente.

La vió el «Trovador». Sin decir nada, rápido, montó en su caballo y partió a salvar de la muerte segura a aquella joven. También el *sheriff* se dio cuenta de lo que ocurría e imitó al «Trovador».

En un momento el caballo desbocado corrió algunos kilómetros. Pero el caballo del «Trovador» corría más y pronto le alcanzó. El «Trovador» puso

su caballo al lado del carricoche. Y con visible peligro de su vida, logró coger a la joven y salvarla.

Estaba ya salvada cuando llegó el *sheriff*, que preguntó a la muchacha:

—¿Te lastimaste, Alys?

## II

Una hora después, el *sheriff*, acompañado del «Trovador», llegó a la casa vivienda de la hacienda número 49, propiedad de Juan May, padre de la joven Alys, salvada por el «Trovador».

A la joven, aparte del susto, no le había ocurrido nada. Pudo volver sola a su casa.

Pero el *sheriff*, que estaba muy satisfecho del comportamiento del «Trovador», se empeñó en presentarlo a Juan May. De aquí aquella visita.

En cuanto llegaron, el rico hacendado, saludando muy atentamente al joven, le dijo:

—Le debo a usted la vida de mi hija. Puede escoger cualquier trabajo en esta hacienda. El que usted elija se le dará.

—Gracias. Pero, la verdad, no sé si quiero trabajar.

—Comprenda usted que no quiero tener que agradecerle ese servicio toda la vida.

—Ni yo quiero que me lo tenga que agradecer. Si me deja darle la mano a la señorita y decirle adiós, iré en mi camino contento y satisfecho.

Llamó Juan May a su hija. La cual vino en seguida. Su padre, en cuanto entró ella, le explicó el por qué de haberla llamado. Ella, comprendiendo la delicadeza de aquella petición de su salvador, se acercó a él sonriendo y le tendió la mano, no como quien otorga un favor, sino, más bien, como quien lo recibe.

El «Trovador», torpe de tan emocionado, vaciló unos instantes. Se limpió las manos, temeroso de ensuciar con ellas a la joven, y al alargarlas para estrechar la de ella, se le cayó el sombrero. Luego, para recogerlo, esperó a que ella volviera la cabeza hacia su padre, que, con el sheriff, hablaba en el otro extremo de la habitación.

Después del saludo, que por parte de los dos fue, aunque mudo, muy cordial, la joven dijo al «Trovador»:

—¿Por qué no cambia usted de parecer y se queda aquí con nosotros?

—Sí, se... señora... señorita..., me quedaré..., si usted lo manda...

—Yo me llamo Alys... Y usted, ¿cómo se llama?

—Séptimo Ulyses Benton.

—Bien. Yo le llamaré «Sépo», ¿sabe? Y cada vez que tenga deseos de estrechar mi mano, avíseme.

—Gracias, señorita. De verdad, muchas gracias. ¡Es usted muy buena!

—Yo soy quien tendré que darle las gracias toda la vida. Ahora, ¡adiós!

Y salió, sin dejar de mirar y de sonreír a su salvador.

Cuando ya la joven estuvo fuera, el «Trovador» dijo a Juan May:

—Me quedo.

—Muy bien —le contestó el hacendado. Ahora que ha determinado quedarse, escoja su trabajo.

—Cuidaré de que las cercas de vuestra finca estén en buen estado. En verdad, es lo único que sé hacer.



—Perfectamente. El capataz le mostrará dónde puede dormir.

Salieron el «Trovador» y el sheriff. Y éste, que había visto la influencia que ejercía la señorita salvada en el ánimo de su salvador, le dijo:

—No pierdas la cabeza, muchacho. Alys está para casarse con un hijo del Este, llamado Archer Aiken.

El «Trovador» se puso muy triste y se alejó en silencio del que ya era su amigo.

Mientras en el pueblo Dos Robles ocurría todo esto, en la vecina aldea, llamada Despenaperros, sucedían otras cosas que nos es necesario conocer.

Un tipo llamado «Doe» Henderson, era el propietario del hotel que había en Despenaperros. El cual hotel no era nada más que un medio para encubrir negocios bastante siniestros.

Vivía allí una muchacha, María Lang, que pasaba por hija de Henderson y que no era, en realidad, otra cosa que su aliada en los inconfesables negocios que realizaban. La muchacha era guapa, bella, atractiva: un bello ejemplar femenino. Siempre que por el contorno había un joven rico, comprometido para casarse con la hija de algún hacendado, lo atraían al hotel. Procuraban dejarle solo con María. Ella coquetaba. El hombre acababa abrazándola, naturalmente. Entonces alguien les sorprendía. Arrancaban al hombre palabra de casamiento. Y como éste estaba ya comprometido con otra mujer, tenía que pagar a aquellas gentes su silencio.

Al día siguiente de aquel en que el «Trovador» salvó a Alys, por la noche, en el hotel de Despenaperros, Henderson había reunido a una tía de hombres que le ayudaban en sus negocios. A los cuales dijo:

—Supongamos que el prometido de la hija de Juan May se vuelva atrás. Precisamos de alguien que lo meta en cintura. Precisamente ha de llegar uno de estos días...

Uno de aquellos hombres contestó:

—He andado buscando noticias, y las tengo muy buenas: el «Trovador» está de guarda-cercas en la hacienda de Juan May.

—Es precisamente el hombre que necesitamos—aseveró Henderson.—Mañana iremos a verle.

En efecto, a la mañana siguiente, en cuanto creyeron que era hora de encontrarse, salieron de Despenaperros Henderson y uno de sus esbirros.

A aquella hora, en lo alto de una montaña, arreglando un desperfecto de la cerca, el «Trovador», como siempre que estaba solo, cantaba:

Oon!... Un tipo llamado Baltasar  
un día me quiso insultar,  
Me dijo que yo era peor que su burro,  
y el pobre se ganó una gran zurra.

Todavía vibraba en el aire la última nota, alargada, de su canto, primitivo hasta en la letra, cuando llegó hasta él, montada en un caballo, Alys. El se quedó mirándola, extasiado, como si soñara. Ella le dijo:

—Papá dice que está muy contento con usted, Sep, y esto me place sobremedera.

—Usted y su papá, señorita, son muy buenos para conmigo.

No hablaron nada más. La joven, advirtiendo que aquel silencio era muy significativo, se despidió, animando con una divina sonrisa al joven, que la seguía mirando tal que si fuera una aparición maravillosa.

Cuando apenas hacía unos momentos que Alys se había marchado, estando todavía Sep mirando el camino por el que ella se alejó y desapareció, oyó un ruido de caballos que se acercaban. Sacó el revólver y se puso en guardia. Eran Henderson y su acompañante. El cual, bajando del caballo y acercándose al «Trovador», dijo:

—Oímos decir que estabas aquí y hemos venido a hacerte una buena proposición.

—No quiero meterme en ningún asunto, excepto en los míos propios.

—Sin embargo, te diré lo que quería decirte. Archer Aitken, novio de Alys May, esa joven que hablabas contigo hace un momento, y a la que tú mirabas de una manera especial—se ve por estas palabras que Henderson, oculto sin duda tras algún promontorio cercano, había presenciado la escena anterior,—debe llegar aquí la semana entrante. Viene todos los veranos a pasar una temporada, acompañando por el hermano de Alys, con la que se va a casar en breve... Nuestro plan nos deja veinte mil dólares y te quita a Aitken de en medio. Eso te da la joven. Y lo mejor de todo, es que no hay que matar a nadie.

—Ya he escuchado bastante—contestó en tono irritado Sep.—Si no os marcháis de aquí dentro de diez segundos, daremos comienzo a ese plan, con un par de muertos: ustedes. ¡Largo de aquí!

Henderson, con ironía, repuso:

—¿Y si le decimos al *sheriff* algo del asunto, aquel de Culver? Aquello tiene cinco años de presidio. ¿Lo sabes?

—Largo de aquí, repito—añadió Sep.

Y saltando la cerca, con el revólver preparado, obligó a aquellos hombres a montar en sus caballos, disparando después a los pies de los animales para que salieran corriendo. Hecho esto, agregó:

—Si volvéis la vista atrás, o volvéis por aquí otra vez con esa proposición, daré buena cuenta de vosotros. ¡Miserables! El «Trovador» no es un traidor.

Pero como no sabía explicar sus sentimientos si no era cantando, cuando ya se habían alejado aquellos a quienes hizo huir, cantó en voz alta la siguiente copla:

Oo!... Vinieron con falsas promesas a que hiciera a mis amigos bajezas. Sin contar que no cuesta gran cosa enterrar a los dos, aun sin fosa.

### III

La llegada de Archer Aitken y de Pedro May, el novio y el hermano de Alys, dió al «Trovador» ocasión de intimar más aun con su amigo el *sheriff*.

Había ido él allí con un carro, para recoger los equipajes. Alys llegó después, cuando sólo faltaban unos segundos para la llegada del tren, en auto. El *sheriff* estaba en la estación para recoger el correo.

El «Trovador» se acercó a él y le dijo:

—Me encontré el otro día con unos tipos de Despeñaperros: Doe Henderson y su compinche Enrique. Hablamos. Yo me vi obligado a darles alguna mala respuesta. Entonces me dieron a entender que quizá vinieran a darle algunos informes de mí. Y prefiero dárselos yo... Una mujer, que vive con Henderson, tuvo la culpa de todo...

Estas medias palabras de Sep nos informan de que él era uno de los que Maria Lang había enredado. Y de que él, para desenredarse, hizo algo penable, de lo cual había sido víctima, sin duda, aquel Culver que Henderson había nombrado.

Sep iba a seguir hablando, pero el *sheriff* se lo impidió, diciendo:

—No te preocupes. No creo nada de lo que digan las gentes de Despeñaperros.

El «Trovador» se sintió tan consolado por estas palabras, que no acertó a hablar más. Afortunadamente, la llegada del tran evitó más explicaciones.

Alys, que acababa de llegar, acudió a abrazar a su hermano, Aitken, creyéndose con derecho a ello, besó a su novia. Y ésta le dijo, disgustada:

—Nadie le ha autorizado para tomar esas libertades, señor Aitken.

El «Trovador», que desde donde estaba, bastante lejos por cierto, había visto como Aitken besó a Alys, cantó:

Por toda Nevada y Tejas he andado,  
y muchos bandidos por allí he encontrado.  
Los pobres conmigo no dieron a basto  
y sobre su tumba crece ahora el pasto.

El *sheriff*, cuando acabó él de cantar, le dijo:

—No me gustan esas canciones. Son muy feas. Todavía no le he oído una que pueda escucharse. Además, revelan una cosa que no es natural en usted. No comprendo cómo le agrada considerarse tan malo, no siéndolo, ni mucho menos.

—¿No tiene idea de mis razones?

—No. Por lo que se refiere a su última copia, me parece adivinar. Probablemente se trata de alguna joven que usted juzgaba como la mejor del mundo y que le ha resultado mala.

—¿Diablos! Usted sabe demasiado.

Y sin decir nada más, se alejó malhumorado, cargó los equipajes, tirándolos sobre el carro con

violencia, y partió hacia la hacienda, a la que ya habían llegado, en el auto, Alys y los dos hombres.

La llegada de Archer Aitken a la finca de Juan May fué la señal para que Doc Henderson entrara en acción. Aquella misma noche reunió a sus compinches, a los que dijo que había enviado recado a Aitken para que viniese a las diez.

—No me importa—dijo uno de éstos—si Aitken va a venir a las diez. O me das el dinero que me corresponde en este negocio ahora, o no cuentas conmigo.

—No recibirás ni un centavo hasta que el asunto esté terminado. Si no estás satisfecho, puedes marcharte.

Salió al que así hablaban. En segunda Henderson dijo a los demás:

—Aitken debe llegar de un momento a otro. Estad todos preparados para en caso de que sea necesario...

En aquel mismo momento Aitken salía de la casa de Juan May para acudir a la urgente llamada de Henderson. Y el «Trovador», que vigilaba, al verle salir le siguió.

Llegaron, poco después, a Despeñaperros. Aitken entró en el hotel. Sep, que sabía hacia dónde caía la ventana de la sala en que se celebraban las reuniones, fué hacia allá para escuchar.

Lo que logró fácilmente...

En cuanto Aitken entró, le recibieron Henderson y María solos. Se sentaron. Y Henderson dijo:

—María aún está aguardando que te cases con ella, según le prometiste el año pasado.

—Pero eso no puede ser. Ya sabéis bien que voy a casarme con Alys May.

—¿Sí? Pues bien. Ese cambio de ideas te va a costar... veinte mil dólares. Ya lo sabes.

—No tengo esa suma. Tendréis que esperar hasta que me haya casado con la señorita May.

—¿Y si nosotros dijéramos a la señorita May lo que ocurre?

—No lo hagáis, por favor.

—Bien, no lo haremos. Pero sólo te damos un plazo de una semana. No lo olvides. O el dinero, o el casamiento con María. Ahora, puedes marcharte.

Salió Aitken. El «Trovador», que lo había oído todo, estaba indignado. ¿Aitken no quería a Alys, a la que él tanto amaba! Pues si la amaba no permitiría aquellas exigencias de Henderson y los suyos. Cuando se ama, no se casa uno por el dinero para pagar un silencio. Hay otros muchos medios de dar fin a una situación comprometida. Aitken, que no encontraba otra salida que la del dinero de su prometida, era indigno de ella, no la amaba lo suficiente.

—¿Qué haría yo —se decía— para saber si ella le ama o no? Porque si ella le ama, no hay nada que hacer. Mas, si ella tampoco le amara a él, es preciso evitar esta boda de feos conveniencias de un hombre sin valor.

Pensando así, se alejó de la ventana. Fue en busca de su caballo. Y cuando, llevándolo de las riendas para no armar ruido, iba a alejarse del hotel, vió que uno de los cómplices de Henderson paraba a Aitken, que acababa de montar en su caballo.

El cual dijo a éste:

—Me llamo Enrique y quiero ponerle en guardia respecto a Doc Henderson.

El Enrique, que no era otro que aquel que exigió, antes de que llegara Aitken, su parte de dinero en el negocio, quería vengarse de su principal des-

cubriendo sus planes. Pero no pudo hablar más palabras que las que ya hemos citado. Henderson, después de despedir, dentro de la casa, a Aitken, habló un momento con María, su cómplice, y luego salió a la calle, como si alguien le hubiese avisado de lo que ocurría. Y pudo ver, claro está, a Enrique hablando con Aitken.



En seguida se figuró el motivo de aquella conversación, y, sin dudar ni un momento, sacó su revólver y disparó contra el que hasta poco antes había sido compañero suyo de negocios, contra Enrique, que cayó, de su caballo, al suelo, muerto.

Como una exhalación partió, hacia la finca de Juan May, después de esto, Aitken. Le seguía, a corta distancia, el «Trovador», más indignado que

nunca contra el novio de la mujer a la que él tan locamente amaba.

El «Trovador», desde la esquina en que se colocó al ver salir a Aiken, ni pudo oír lo que Enrique habló con éste, ni pudo ver tampoco quién disparó contra el compinche de Henderson. Le parecía, no obstante, que el tiro había partido de la casa y que, por lo tanto, Aiken no había sido. Pero, de cualquier modo, la huida de éste le parecía vergonzosa. Primero, había accedido a las exigencias de Henderson; después, mataban a un hombre que hablaba con él, y él huía. Era, pues, un cobarde, un hombre que no sabría defender a Alys, si algún día ella corría peligro.

A atormentado por estos pensamientos, llegó el «Trovador» a la hacienda y se retiró a descansar. Poco antes que él había llegado Aiken. Pero no se retiró a descansar; vigilaba.

A la mañana siguiente, Alys invitó al «Trovador» a dar un paseo, a caballo, por el campo. Salieron muy temprano. El sol, al salir, les envió sus primeras caricias. De vez en vez, paraban los caballos, sobre una montaña o en el llano, y hablaban, aunque muy poco, porque el «Trovador»—y nosotros sabemos por qué—estaba muy preocupado.

Al propio tiempo que ellos paseaban, había llegado a Dos Rubles la noticia de lo ocurrido en Despeñaperros; y el *sheriff* había comenzado las indagaciones para esclarecer el hecho.

En seguida se enteró de que Aiken había estado la noche anterior en el lugar del hecho. Se personó, pues, en la hacienda de Juan May e interrogó al novio de Alys.

—Es cierto, contestó éste—que anoche estuve en Despeñaperros. Pero no soy culpable, le juro que no, de ese asesinato.

—; Puede usted decirnos de alguien que pueda dar algún detalle?—interrogó el *sheriff*.

Acaso el «Trovador». Regresó, no sé de dónde, después que yo. Le vi llegar. Quizá él sepa algo.

—Bien. Toda vez que Aiken niega su culpabilidad—dijo el *sheriff* a Juan May y a las demás personas que en la estancia había—no podemos hacer otra cosa que esperar a que el «Trovador» regrese.

Y sin perder tiempo envió a uno de sus hombres de confianza para que le buscara y le rogara que volviese pronto.

#### IV

Era ya media mañana. El día, limpio y soleado, invitaba a ser gozado plenamente. Alys y el «Trovador», paseando, aprovechaban la invitación.

En los campos que cruzaban, todo era calma, paz, silencio. Llegaron junto a un lago. Bajaron de los caballos. Se acercaron el uno al otro. Timido el «Trovador», alegre la muchacha.

Ella, decidida a hablar, a romper el silencio de su acompañante, le preguntó:

—; Ha sido usted. Sep, alguna vez, lo que se llama un matón? Perdóneme la indiscreción de esa pregunta. Pero no puedo ya abstenerme de hacerla.

—Si, señorita—contestó Sep bajando la cabeza avergonzado.

—Prométame, Sep, amigo mío, que no volverá nunca más a ser un matón. Es una cosa muy fea.

—Se lo prometo, señorita.

Después de esto, hubo un penoso silencio. Alys había comprendido los sentimientos que se ocultaban detrás de aquella promesa. Advertía que Sep la amaba. Esto la halagaba. Por otra parte, ella no estaba segura de los sentimientos que abrigaba respecto a Sep. Y a veces le parecía que le amaba. Casi estaba ya segura de que le amaba...

Sep rompió el silencio, diciendo:

—¿Alys!...

Ella, extrañada de oírse llamar de aquel modo, pues era la primera vez que Sep pronunciaba sin tratamiento su nombre, sintió que su corazón daba un salto gozoso, prueba evidente de amor. No contestó, esperando que Sep continuara. Sep, en efecto, habló de nuevo, para preguntar:

—¿Está usted enamorada de ese Archer Aitken?

—No sé qué decirle.

Esta respuesta dió a Sep una gran alegría, pero la llegada del enviado del *sheriff* evitó que aquella alegría se desbordara en frases de amor.

Iba ya el «Trovador» a decir lo que tan íntimamente sentía, cuando oyó el trinar de un caballo que llegaba. No dijo, pues, nada.

El recién llegado habló:

—Garfield está en la casa y quiere verte en seguida.

—Vamos —contestó.

Se despidió de Alys y partieron, él y el que fué a buscarle, hacia la hacienda.

Llegados allí, el *sheriff*, amablemente, empezó a interrogarle. El guardaba silencio. El *sheriff*, por último, dijo:

—Un antiguo amigo tuyo, Enrique, fué hallado

muerto anoche en Despeñaperros... Fué muerto a las diez y media, y el señor Aitken dice que te vió entrar en la casa donde duermes, a las once y media.

El «Trovador» miró a Aitken duramente. Y éste, como para disculparse, dijo, contestando a aquella mirada:

—Lo siento. No había pensado decir nada, pero ellos creen que fui yo el culpable.

Y el *sheriff* agregó:

Se han hallado dos rastros de Despeñaperros a la hacienda: el tuyo y el de Aitken. Y Aitken dice que no es culpable...

—Bien—contestó el «Trovador».—Suponga usted que yo diga lo mismo.

—En ese caso, los llevo a los dos para el calabozo hasta que averiguemos quién dice la verdad. ¿Qué diantres hacías tú en Despeñaperros a esa hora?

—No digo ni una palabra más—repuso el «Trovador».

—Lo siento, muchacho, pero no tengo más remedio que detenerte.

Garfield, amigo Garfield —dijo entonces el «Trovador»,—sólo tengo un favor que pedirle: no me arreste usted; deje que lo haga su delegado.

Accedió el *sheriff* a la petición del «Trovador». Y cuando el delegado fué a prenderle, éste le dió un fuerte empujón y huyó. Todos los guardias del *sheriff* salieron en su persecución.

Minutos después entraba en la estancia Juan May. Preguntó algo. El *sheriff* le contestó:

—El muchacho casi confesó. Luego, ha huido. Pero Jordán, con otros, ha salido en su busca. Le alcanzarán antes de que llegue a la frontera.

El *sheriff*, deseoso de aclarar, en lo posible,

aquel embrollo, dijo, dirigiéndose al hermano de Alys:

—Pedro, ¿conoces tú, en Despeñaperros, a Doe Henderson?

—Sí. Tuve ocasión de hablar con él algunas veces, el año pasado.

—Pues bien. Ve ahora mismo a Despeñaperros y dile a Henderson que venga aquí, contigo, que hemos de hablar.

Salió Pedro para cumplir la misión que se le había encomendado.

Poco después regresaba Jordán con los hombres que le habían acompañado, diciendo que el «Trovador» no había tomado el camino de la frontera.

—Bien—dijo el sheriff.—Antes de esta noche traeremos al «Trovador». Partiré yo con vosotros.

—¿Puedo ir yo con la fuerza?—preguntó Aiken.

—No—contestó el sheriff.—Usted se queda aquí.

En esto, había regresado del interrumpido paseo, sola, Alys. Su padre le refirió lo que ocurría. Ella contestó, enérgica y convencida:

—No creo que Sep sea el culpable.

Salió el sheriff, al frente de las fuerzas, en busca del «Trovador». Tomaron el camino de Despeñaperros. Así, de paso, encontrarían, cuando viéisen, a Henderson y a Pedro, que, como sabemos, había ido a buscarle.

Lo encontraron, en efecto. En un recodo del camino, pero solo. Había, en aquella parte del camino, unos árboles de tupidas ramas. En uno de aquellos árboles estaba oculto el Trovador.

El sheriff, al ver a Pedro regresar solo, interrogó.

—He tratado—dijo Pedro—de cumplir vuestras órdenes. Hallé a Doe Henderson y partimos sin

tardanza para la hacienda. Pero... nos encontramos al «Trovador», que fué más rápido que Henderson en sacar el revólver y más rápido que yo con los puños... He dejado a Henderson, mal herido, un poco más atrás. Ahora iba a avisarles para que viniesen a recogerlo...

El sheriff ordenó a cuatro de sus hombres que fuesen a por el herido. Luego, dirigiéndose a Pedro, dijo:

—Usted podría ayudarnos a descifrar este enigma diciéndonos todo lo que sepa de los asuntos de Aiken en Despeñaperros.

—No puedo. Son asuntos privados, de él solo. En todo caso, podré decirle algo después de que haya hablado con mi futuro cuñado.

Emprendieron, después de esto, el regreso hacia la hacienda. Pedro iba el último. Pasaron todos por debajo de los árboles que sombreaban el camino. Cuando ya iban a salir de aquella sombra, el «Trovador» se dejó caer del árbol en que estaba escondido, sobre el caballo que montaba Pedro. Y emprendió, en dirección contraria, veloz carrera. Cuando el sheriff y sus hombres se dieron cuenta de lo sucedido, el «Trovador» y Pedro se hallaban ya muy lejos, ocultos tras las estribaciones de una frágosa montaña.

## V

— Razonés particulares aconsejaron al «Trovador» dar aquel paso y llevar a Pedro a un lugar inaccesible, para quien lo desconociera, en el corazón de la montaña.

Ya estaban en aquel rincón escondido, el «Trovador» y su prisionero, cuando la fuerza, a las órdenes del *sheriff*, persiguiéndolos, llegaba a un desfiladero sin salida. Por lo que, en aquel momento, renunciaron a seguir la persecución.

El «Trovador», entretanto, alando a Pedro para que no pudiese huir, le decía:

— Pedro, lo aprecio muchísimo, porque es usted hermano de Alys. Van a ocurrir ciertas cosas esta noche y no quiero que se mezcle usted en ellas. Cuando todo haya terminado, vendré por usted y lo mandaré a su casa. Ahora, adiós.

Como el «Trovador» había anunciado en su conversación con Pedro, al caer la noche principiaron los acontecimientos en Despeñaperros.

Apenas había oscurecido, cuando llegó al hotel Aitken. Oculto convenientemente estaba allí ya el «Trovador».

A falta de Henderson, recibieron al prometido de Alys, con María, tres de los secuaces de aquél. Los cuales, en cuanto tuvieron a Aitken en su presencia, le dijeron:

— Si decimos lo que sabemos, te colgarán por el asesinato de Enrique.

— No fui yo quien le asesinó.

— Difícil te sería probarlo. Nosotros, por cinco mil pesos, te pondremos al otro lado de la frontera. Pero con una condición...

— ¿Cuál?

— Que te cases con María y que te la lleves.

— ¡No!

Hubo un momento de silencio.

A aquella misma hora, en Dos Robles, el *sheriff* salía de la estancia en que estaba, mal herido Henderson, el cual creía que iba a morir. Y creyéndolo, confesó, de plano, todas sus culpas.

Así lo dijo el *sheriff* al doctor cuando salió:

— Está bien, doctor. Creer que se está muriendo y me ha dicho todo lo que yo quería saber. Parto ahora mismo para Despeñaperros.

Partió, en efecto, hacia allá, velozmente.

En la estancia del hotel, después de un largo silencio, hablaron de nuevo los amigos de Henderson:

— ¿Te niegas a casarte con María?

— Ya lo he dicho.

Pues bien. Piénsalo detenidamente.

En esto, el «Trovador», que desde su escondite lo había oído todo, montó su revólver, abrió la puerta con violencia y, encañonando a aquellos tipos, exclamó:

— ¡Alto ahí! Hay dos cosas. ¡Yo soy la otra!

Luego, dirigiéndose a Aitken, dijo:

— Tengo unos asuntos pendientes con estos tipos. Salga y espéreme fuera, montado en su caballo y dispuesto a partir cuando yo termine aquí.

Salió Aitken. Y cuando apenas había salido, llegaba al hotel el *sheriff*, que se paró junto a la puerta en que todos estaban, para escuchar.

El «Trovador», solo ya con sus enemigos, habló:

—Gracias a ti, María, tengo una condena de cinco años encima de mí, si me echan el guante por el asunto de Culver.

Nadie le contestó. Habló él de nuevo:

—No tengo intenciones de entregarlos al *sheriff* como debía. Pero se van a marchar todos ustedes a Méjico. Yo también me marchó hacia la frontera esta noche. Si nos hallamos por allá, añadiré algunos cantos a mi repertorio. Lo dicho, a Méjico esta misma noche.

Dicho esto, abrió la puerta y salió. Como había abierto con violencia, hizo caer al *sheriff* hacia el lado contrario. Este se levantó y se dispuso a entrar en la estancia para prender a aquellos hombres. Pero ellos, repuestos ya de la sorpresa, reaccionaron y, cogiendo sus armas, salieron rápidos para emprender la persecución del «Trovador».

Al salir, volvió a caer, por la violencia del abrir de la puerta, el *sheriff*, que no tuvo tiempo para nada.

Cuando volvió a levantarse, no quedaba ya en la estancia nadie más que María, a la que dijo:

—Señorita, sus enredos han terminado. Queda usted detenida.

Después de asegurar a la joven, para que no escapara, montó en su caballo, dispuesto a ir en busca del «Trovador», para que no marchara, pues que era inocente, y en busca de los amigos de Henderson para detenerlos.

El «Trovador», cuando salió del hotel, montó en su caballo y, ordenando a Aitken, que le esperaba, el camino que debía seguir, partieron ambos, al galope.

Poco después llegaban adonde el «Trovador»

había dejado, horas antes, a Pedro. Y una vez allí, desató al hermano de Alys y dijo a Aitken:

—Me voy para el Sur esta noche, Aitken. Pero antes de irme le voy a enseñar a ser hombre. En obsequio a la joven que le ama, he tratado de arreglar el lío en que se había metido, aunque usted no merece, después de haberse enredado con María Lang, a la inocente y encantadora Alys.

Hubo un momento de silencio. Después, Sep agregó:

—No creo que Pedro tendrá inconveniente en servir de árbitro en nuestra lucha—porque le voy a enseñar a ser hombre luchando,—después de conocer la clase de tipo que es usted. ¡En guardia, pues!

Pedro trató de disuadir al «Trovador». Fue inútil. Se mostró irreducible. Aitken no tuvo más remedio que pelear.

Se emprendió, pues, la lucha a puñetazos. Una lucha que dicen moderna, pero que es muy primitiva. Rodaron, ahora uno después otro, por el suelo. Pero Aitken llevaba las de perder. Estaba ya casi dominado, cuando la lucha hubo de cesar. Desde una altura empezaron a disparar contra ellos. Eran los tres amigos de Henderson, que salieron del hotel en persecución del «Trovador» y que habían logrado descubrirle.

Hubieron, pues, de aprestarse a la defensa el «Trovador», Aitken y Pedro. Defensa difícil, pues que los otros estaban en la altura. Un momento después caían sobre ellos aquellos tres hombres, semejantes a tres fieras.

Atraídos por el ruido de los disparos, llegaron hasta allí las fuerzas del *sheriff*, al mando de Jordán. Como eran muy numerosas, toda resistencia de los otros era inútil. Los tres amigos de Henderson dejaron, pues, de disparar.

Jordán gritó:

—Te tengo cubierto, «Trovador». Vale más que tires el revólver y te entregues.

—Llegaste tarde. Ya estoy herido.

En efecto, le habían herido en la cabeza los compinches de Henderson.

Ya se disponía a atarle Jordán, y quién sabe si a maltratarle, a pesar de estar herido, cuando, atraído también por los disparos, llegó el *sheriff*.

El cual ordenó la prisión de los tres tipos de Despedaperros y la conducción del «Trovador», con todo cuidado, a la hacienda de Juan May.

Llegaban a la casa de Alys poco después. Ella fué la primera en recibir al herido y ella, sin admitir ayuda, se encargó de él.

En la sala en que colocaron al «Trovador» reinaba el más profundo silencio. Ya le habían curado y vendado la herida. Dormía el herido, o tenía perdido el conocimiento. A su lado, mirándole fijamente, estaba Alys. Le miraba con arrobó, con mirada de enamorada.

El abrió los ojos y, creyéndose solo, empezó a cantar en voz baja:

Oooo!... No soy maón ni canalla,  
pero ningún gallo canta en mi valla.  
¿Qué cosa...?

En esto, se dio cuenta de que Alys estaba allí, a su lado, y se calló, maravillado, como siempre que veía a la joven.

Ella le pasó la mano por la frente, con cariño. El cerró los ojos, para guardar en su mente la delicia de aquel gesto acariciador de ella.

Aún, que entraba en la habitación, al ver aquello se dijo a sí mismo:

—Como diría el «Trovador», vale más marcharse cuanto antes.

Y salió.

Poco después fué Pedro quien los sorprendió en aquella actitud. Y al correr la cortina para que nadie los molestara, vió llegar a su padre y al *sheriff*, los cuales temían que el «Trovador» muriese. Y Pedro les dijo:

—No va a morir. Al contrario, ahora comienza a vivir. ¡Se aman!

—¿Cómo?—repuso el padre, comprendiendo las palabras de Pedro.—Eso no puede ser. Mi hija enamorada de un desconocido... de un presunto criminal... ¡Imposible!

—El «Trovador» no es culpable—dijo el *sheriff*.—La confesión de Henderson prueba su inocencia.

—Pero, ¿quién es el «Trovador»?

—Viene de una honrada familia. Fué víctima de una celada y tuvo que huir a Méjico. Es verdad que ha estado a punto de ser un tacineroso, pero no tiene cualidades para serlo, porque es honrado, porque tiene un alto concepto de la justicia...

Mientras así hablabán, dentro de la habitación había despertado por completo el herido y, viendo la mirada de amor de la mujer que tanto él amaba, hizo un arco con sus brazos, abrazando a Alys y exclamando:

—¡Amor!

FIN

## TITULOS DE LAS NOVELAS PUBLICADAS

---

1. Robin de los bosques, por Douglas Fairbanks.
- 2. El sello de Cardí, por Betty Wytne. — 3. La agonía de las águilas, por Severin Mars y la Morlay. —
4. La casa del misterio, por Masjoukine y Elena Darly. — 5. Día de paga, por Charles Chaplin (Charlot). —
6. Una carrera en Kentucky, por Reginald Denny. —
7. El flirt, por Ellen Percy. — 8. Chiquilia y Chiquilin hospiciano, por Jackie Coogan. — 9. Theodora, por Rita Jolivet. — 10. ¡Qué tontos son los maridos! por Eoid Bennet. — 11. Señal de amor, por Mary Pickford. —
12. Distracción de millonario, por George Arliss. —
13. La Duquesa Misterio, por Hesperia. — 14. Las apariencias engañan, por María Prevost. — 15. El triunfo de la vía férrea, por Alva Tell. — 16. El excéntrico, por Douglas Fairbanks. — 17. Amor de antaño, por Doris Keane. — 18. Cobarde en apariencia, por Frank Mayo. — 19. El sello del silencio, por Tsuru Aoki. — 20. Su majestad el americano, por Douglas Fairbanks. — 21. La voluntad de un hombre, por Dustin Farnum. — 22. Besada, por María Prevost. — 23. Parodia de «Los tres Mosqueteros», por Max Linder. —
24. Retribución, por Gladys Brookwell. — 25. Matrimonio accidentado, por Louise Fazenda. — 26. Abnegación de madre, por Louise Calliney. — 27. Hora terrible, por Hesperia. — 28. El desquite de Garrison, por Jack Pickford. — 29. El juramento, por William Russell. — 30. La Boheme, por María Jacobini.

PRECIO DE CADA EJEMPLAR, 25 céntimos.

## FIGURINES DE MODAS

Los más elegantes, los más prácticos, los preferidos por el público de buen gusto, son los siguientes:

Album de Bal . . . . .	Anual	10'—pts.
Blouses Artistiques . . . .	Temporada	5'— "
Blouse Ideal . . . . .	"	2'50 "
Chapeaux Modernes . . . .	4 veces año	3'50 "
Ideal Parisien . . . . .	Mensual	3'— "
Joie des Modes de Paris . .	Temporada	4'— "
Manteaux et Costumes de Promenade . . . . .	"	3'— "
Mode de Paris . . . . .	"	3'— "
Mode Nationale . . . . .	Mensual	1'25 "
New Ladies Fashions . . . .	10 veces año	6'— "
Patrons Favoris Dames . . .	Temporada	3'— "
" " Ceremonies . . . . .	"	5'— "
" " Blouses . . . . .	"	5'— "
" " Enfants . . . . .	"	3'— "
" " Lingerie . . . . .	"	5'— "
" " Tailleur . . . . .	"	5'— "
" " Gentlemens . . . . .	"	5'— "
Fashions . . . . .	"	5'— "
Patrons Favoris Travestis . .	Anual	5'— "
Paris Chic . . . . .	Mensual	5'— "
Toilettes d'enfants . . . . .	Temporada	2'50 "
Toilettes Modernes . . . . .	"	2'25 "
Ultima Elegancia . . . . .	Mensual	1'25 "
Tres Chic . . . . .	"	4'— "

Estos títulos no necesitan encomio; figuran a la cabeza de sus similares y su difusión es inmensa entre la verdadera elegancia del mundo entero.

Descuentos convencionales a los señores corresponsales y libreros.

Pedidos acompañando su importe a Publicaciones Mundial, Barbadá, 15. Apartado 975. Barcelona

